

ANDREA CAMILLERI
GIANCARLO DE CATALDO
CARLO LUCARELLI

TRES JUECES

Traducción de
Luisa Juanatey
y Francesca Peretto

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2014

Andrea Camilleri

El juez Surra

1.

El juez Efisio Surra llegó a Montelusa, directamente desde Turín, quince días después de que el florentino Falconcini hubiese tomado posesión de su cargo como prefecto: el primero de la nueva Italia unida.

Antes de que llegara, ya la ciudad tenía noticias acerca de su persona. ¿De qué modo y por qué medios? Tal vez entre los colaboradores que Falconcini había traído consigo alguno lo conocía y contó algunas cosas sobre él.

Por ejemplo se supo que, si bien llevaba nombre y apellido sardos, no era sardo en realidad, puesto que su bisabuelo paterno —oriundo de Iglesias— había marchado a establecerse en Turín cuando los piemonteses cambiaron Cerdeña por Sicilia, y que allí fundó familia y ya no se movió de la ciudad.

Se supo, asimismo, que tenía cincuenta años, que era de estatura algo más baja de lo común, que vestía siempre con propiedad y que tenía esposa y un hijo, abogado, aunque a Montelusa vendría él solo.

Al menos, en un primer momento.

Que en lo personal era hombre solitario y de pocas palabras.

De su faceta de juez, en cambio, poco se supo, pues no había ejercido en tribunales, sino que siempre había estado adscrito a los despachos del Ministerio.

Traía un encargo nada fácil. Venía a refundar de nueva planta los juzgados, que habían dejado de existir. Concretamente se trataba de sustituir al antiguo presidente Fallarino, el cual había dimitido al no reconocer al Saboya como rey —es más, los garibaldinos eran partidarios de arrestarle por filoborbónico irreductible—; reincorporar al servicio a los jueces que habiendo trabajado antes para los Borbones desearan ahora trabajar al servicio del Estado nuevo —cambiando, se entiende, su forma de pensar—, y hacer aplicar el código piemontés que, por entonces, a jueces y abogados aún les era desconocido por completo.

Naturalmente, también se habló no poco del asunto en el círculo de los nobles. En el cual hay que decir que no todos eran nobles, sino que también lo integraban propietarios ricos y comerciantes.

—La *surra* viene a ser —sentenció don Agatino Smecca— lo que acá en nuestra tierra le decimos ventresca, que, como saben tos ustedes, es la parte más delicada y gustosa del atún. El apellido del juez promete cosa buena.

—Eso lo dice usted como hombre de mar que es —rebatí don Clemente Sommatino—. Pero yo que soy de tierra adentro, y hombre de campo, le digo que la *surra* también es una hierba jedionda, y talmente amarga que si la papan las gallinas luego hay que tirar los huevos porque el sabor es repugnante. Pa' mí que el apellido no promete nada bueno.

—¡No digamos sandeces, cooño! —intervino el comerciante de azufre Bonocore—. El apellido es una cosa y otra es la persona que lo lleva. ¿Se recuerdan ustedes de aquel juez, Benevolo de apellido, y que luego era más malo que un verdugo, que nunca absolvía a nadie?

«¡Tú lo puedes decir —pensó don Clemente—, que te llamas Bonocore y ya van dos colegas que llevas a la quiebra!».

Pero no dijo nada.

Llegó el juez, procedente de Palermo. Casi no había acabado de bajar del barco correo y puesto pie en el muelle de Vigàta cuando ante él se presentó un empleado de la prefectura.

—Su Excelencia el prefecto Falconcini le ha procurado un cómodo alojamiento en Montelusa. Yo le acompaño en la calesa. Suba usted, mientras me ocupo de que vayan cargando el equipaje.

Efectivamente, el alojamiento era cómodo. Situado en los alrededores de la catedral, en la parte alta de la ciudad, resultaba oreado y espacioso, convenientemente dispuesto con mobiliario del siglo XVIII. La vivienda formaba parte del palacio del marqués Bontadini, pero como tenía acceso propio por una puerta distinta —aunque a poca distancia— de la principal, era completamente independiente. Antes de irse, el empleado le entregó una nota escrita de parte del prefecto.

Le informaba de que en un establo situado justo enfrente de la puerta de su casa, al otro lado de la calle, tenía a su disposición una calesa, una mula y un cochero, de nombre Attanasio, que era persona de confianza.

El juez se mudó de ropa y se encaminó al establo.

Encontró a un hombre de unos cuarenta años vestido con librea. Tenía el cabello rizo y ojos inteligentes.

—Attanasio me llamo, para servirle. ¿Nesecita vocencia la calesa?